Cánovas del Castillo, Antonio
Valle Ruíz, Restituto del
Oración fúnebre del excmo. sr.
d. Antonio Cánovas del Castillo..

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

PRONUNCIADA EN LA IGLESIA DEL HOSPITAL,

EL 26 AGOSTO DE 1897,

CON MOTIVO DE LOS FUNERALES CONSAGRADOS

POR EL PARTIDO CONSERVADOR

Á LA MEMORIA DE SU ILUSTRE JEFE,

POR EL

P. RESTITUTO DEL VALLE RUIZ,

AGUSTINO

Impresa por acuerdo y á expensas de los Conservadores mallorquines



PALMA DE MALLORCA

TIPO-LITOGRAFÍA DE AMENGUAL Y MUNTANER

1897



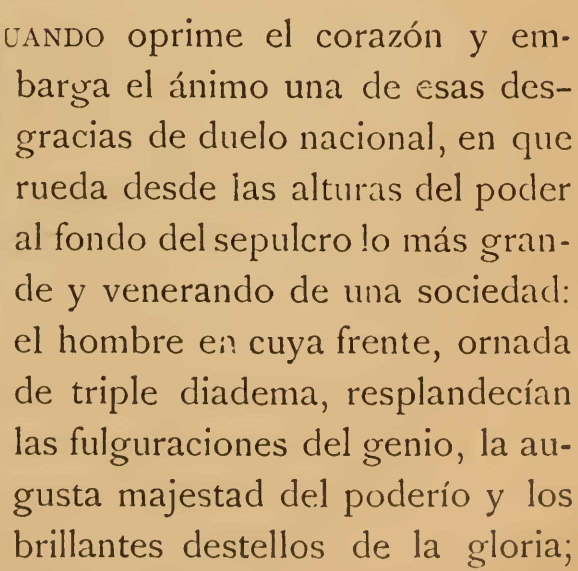
BEATI QUI PERSECUTIONEM

PATIUNTUR PROPTER JUSTITIAM

S. Matheus cap. V. 10,



I



Cuando oprime el corazón y embarga el ánimo una de esas desgracias de duelo nacional, en que rueda desde las alturas del poder al fondo del sepulcro lo más grande y venerando de una sociedad: el hombre en cuya frente, ornada de triple diadema, resplandecían las fulguraciones del genio, la augusta majestad del poderío y los brillantes destellos de la gloria; cuando el espanto de la catástrofe como que paraliza la sangre en las venas y las alas de la muerte

se ciernen sobre el dolor de los que viven: en esos trances de angustia universal en que sólo queda el sagrado silencio del infortunio, encima de la losa de una tumba, indicando que por allí ha pasado el brazo de Dios, en vano, Señores, intentara relatar la lengua de los hombres toda la amargura de esos grandes desastres, si el mismo Dios, por boca de sus sacerdotes, no prestase voces de dolor y alientos de esperanza á los hombres y á los pueblos consternados.

Acaba de vibrar en nuestros oidos y en nuestro corazón el canto funeral con que llora la Iglesia, en nombre de sus hijos, los irreparables estragos de la muerte; todos hemos escuchado esos lamentos de sublime dolor, esas estrofas de resignada tristeza con que la Religión, en presencia de los muertos, anuncia de nuevo á los que sobreviven el derrumbamiento y desaparición de toda grandeza terrena, el eclipse de todas las glorias de acá abajo, la miseria y podredumbre de toda carne. En ese canto, henchido de verdad y de inspiración augusta y sombría, impregnado del frio ambiente de las tumbas, austero y misterioso, como la eternidad, palpita el clamor desolado del humano linaje: él es la expresión de las angustias y de las esperanzas de la tierra: en él han encontrado y encontrarán siempre los hombres lo que son y lo que valen las pompas de la vida, alumbradas por el resplandor de los cirios de la muerte.

¡Oh Religión sagrada de Jesucristo! Tú en medio del estrepitoso clamoreo del mundo, en presencia de los esplendores y del aparato des-

lumbrante que rodean á la soberbia humana; cuando la fiebre del placer y los impulsos violentos de la pasión hacen circular la sangre por las arterias, como ríos de lava encendida; en los instantes en que las locuras que engendran la ilusión y el delirio, ofuscan nuestra inteligencia y nos roban el amor y el tesoro más rico del alma, tú no cesas de enseñarnos la vanidad de todas las vanidades; alzas tu voz firme y augusta, como voz de la verdad entera, y anuncias á las gentes el paradero de ese tumultuoso movimiento de la vida, señalas la ráfaga de humo á que se reduce toda soberbia, el brillo de relámpago que nace y desaparece sin dejar rastro en la nube, al modo de las glorias más resplandecientes del mundo, la corriente impetuosa de los rios que ruedan y se hunden en la mar, simbolizando el avance rápido con que los hombres, los pueblos y las razas dan con estrépito en el vórtice del sepulcro, para desaparecer, sin esperanzas de tornar, en el mar sin fondo y sin riberas de la eternidad. Tú, en presencia de los despojos de la muerte, vaticinas, como Ezequiel, reanimando los huesos descarnados y los esqueletos deshechos, entonas, mirando al cielo, el cántico sublime de la resurrección, lanzas sobre el campo mismo de la muerte el himno triunfal de la vida futura y convocas á los vivos en derredor de los muertos, para que adoren al Rey para quien todo vive: *Regem cui omnia vivunt*, para que adoren á Áquel cuya voz despierta en los mudos abismos de la nada el ruído y agitación de los seres que

nacen, cuya mano señala el rumbo y rige los destinos de los que avanzan por los agrios derroteros de la vida y cuyos brazos esperan, siempre abiertos, del otro lado del sepulcro á los que consuman su jornada, brindando luz indeficiente á los que nunca vieron el resplandor de las dichas de la tierra, consolación y alegría sin tasa á cuantos cruzaron, con los ojos vueltos al cielo, las asperezas y soledades del destierro, palmas y coronas inmarcesibles al que padeció por la justicia, amor al huérfano de los amores del mundo y á todos los que en Él creyeron y esperaron paz y hartura sempiternas.

Ante ese túmulo funeral, levantado á la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo, embargado el ánimo por el reciente recuerdo de la horrible tragedia, que ha cubierto de luto el corazón de la patria y especialmente de cuantos conocían á aquel hombre y sienten el generoso orgullo que llevan al alma las más altas glorias nacionales; hoy que todavía hiela la sangre en las venas el pensar cómo desapareció aquella excelsa figura de entre los vivos y cómo avanza la tempestad, preñada de odios, y rugiendo con incomparable fiereza, presagiando nuevos horrores para lo porvenir, dejad, Señores, que, prescindiendo de todo, alce los ojos al cielo y exhale de mi corazón y de mis labios una oración por el alma de aquel hombre, cuya memoria venimos á conmemorar, y una plegaria también por los que quedan, ante Aquel que es juez de vivos y muertos.

Tremenda es la desgracia con que Dios acaba de visitarnos; nunca mejor ocasión para exclamar con el profeta: «por los muertos que halléis en el camino conoceréis que yo soy el Señor.» Por eso ahora que todo lo llenan la majestad y la sombra de la muerte, ante los tristes trofeos del sepulcro y frente á esa cruz, bandera de nuestra redención, en la cual todas las diferencias y rivalidades desaparecen, porque bajo sus brazos pierden su color las enseñas de todos los bandos y los emblemas de todos los partidos, perdonad que olvide y dé al desprecio las pequeñeces y ruindades de los hombres ante la grandeza del infortunio, que nos indica la presencia de Dios; no extrañéis, por tanto, si no quiero perturbar el sagrado silencio de la eternidad, renovando sobre la losa de un sepulcro las frívolas luchas de los hijos del tiempo. No es hora tampoco, Señores, de citar ante el tribunal de la justicia de los hombres á quien acaba de escuchar el fallo infalible de la sentencia de Dios. En estos momentos sacratísimos de la tribulación, en que sentimos la impresión de la mano divina que ha tocado nuestra frente, estimándonos dignos del infortunio, bendigamos y besemos con amor esa mano que nos hiere, recordemos de veras que los senderos del dolor son los que llegan á las fronteras de la gloria y que Dios á quienes más ama, atribula y purifica con mayor ahinco y constancia hasta hacerlos merecedores de reflejar la luz purísima de sus miradas y de conservar los tesoros de su amor.

Abramos nuestra alma, sí, á las fecundas enseñanzas que sugiere hoy á todo espíritu avisado la atenta contemplación de ese cuadro trágico, de abrumadora y terrible grandeza, en el cual se ofrece una vez más en público espectáculo el martirio de la justicia á manos del crimen, y en el que campean con tan opuesta é imponente magnitud la víctima y el verdugo. Cada cual de esas figuras asombra de un modo extraordinario y ambas arrebatan nuestra admiración, por estar personificado en la una lo más alto y sagrado: la autoridad, que desciende del cielo y representa á Dios, y en la otra lo más horrible y espantoso: la rebelión y el crimen que surgen del infierno y representan á Luzbél.

II

Hay momentos, Señores, en la historia de la vida, en que la desgracia, á semejanza del rayo que exhala la tempestad, desciende á la tierra de modo tan espantoso y repentino, que contemplan con estupor los ojos el rastro de su paso y todavía la inteligencia resiste admitir como cierto lo mismo que aparece con aterradora evidencia. Sucede á veces, en las grandes prevaricaciones de los hombres, que son tales la índole y grandeza de un crimen, que todo corazón, que conserva vestigios de honradez y no ha llegado al colmo de la perversidad, se escandaliza y crispa por

instinto ante ciertas abominaciones estupendas, y la misma conciencia pública quiere creer que es un sueño la tremenda realidad de ciertas maldades, cuya magnitud abruma y cuyos horrores, por lo inauditos é inconcebibles, paralizan, con impresiones de terror, el movimiento de la vida. ¿Quién no sintió serpear por sus carnes esa corriente fría del espanto, que llega á su grado más alto, al escuchar, por vez primera, el relato de aquella tragedia de Santa Águeda, en la tarde memorable y para siempre triste del día 8 de Agosto? ¿Quién no experimentó en lo más hondo del alma ese estupor indescriptible, que es la primera impresión con que nos hablan los inmensos infortunios, cuando la voz vibrante y voladora del telégrafo anunciaba por todo el mundo, de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, los atroces detalles de aquella escena sangrienta, la trama diabólica con que fué preparada, la serenidad, el aplomo y hasta la alegría satánica, que asistieron á su cumplimiento; al reflexionar en los misterios de perfidia sobrehumana que representa aquel crimen tan tremendo y al reproducir en la imaginación ese cuadro histórico de horrores, en que el poder del infierno consuma una de sus iniquidades y venganzas, tan súbitas y atroces, que logra que todos los pueblos despierten con sobresalto y miren con terror, que todas las naciones escuchen y oigan, que el mundo entero se horrorice y tiemble?

¡Ah! Señores, si vuestro corazón no os hablase más y mejor que mi pobre palabra, yo

os aconsejaría que os trasladáseis con el pensamiento á aquel lugar de horrores y desventuras. Señalando con el dedo aquel infeliz asesino, que con el revólver en la mano y la sonrisa en el rostro, contempla á su lado las convulsiones de un cuerpo, que queda sin vida, bañado en sangre y caido á sus pies, yo os diría con ruda pero con sincera elocuencia: mirad hasta donde llega el frenesí de los hombres, cuando se han apartado de Dios; ved escrito sobre ese pavimento, con regueros de sangre, lo que es un corazón, en que muere la fe y triunfa la perversidad; ahí está, Señores, la justicia de Dios, que permite la tribulación, para despertar á los hombres y á los pueblos con la voz del dolor á la vida de la gracia; ahí está el pensamiento impío, que engendra el crimen, las iras salvajes de esa barbarie moderna, que arrebatada por odios nunca vistos y caldeada por llamaradas de infierno, por todo rompe y nada la detiene; ahí están, finalmente, el brazo brutal y la lengua satánica de la anarquía que hunde el plomo homicida en la noble frente de Cánovas del Castillo y exclama con feroces alegrías, que no son del cielo ni tampoco de la tierra: «He cumplido con mi deber».

¡Ah! Razón tenía y bien dijo la verdad aquel malvado Pensad, vosotros ahora entre qué linaje de gentes vivimos y quienes tienen el deber de borrar de las sociedades cuanto sea imagen ó vestigio de Dios; aprendamos todos en esas tremendas palabras de donde viene y á donde va la anarquía. Y si aún esto no basta, contemplemos

derribado á las plantas de un monstruo de perversidad á aquel hombre, tan ilustre por sus méritos y más ilustre todavía por su sangre, desde que murió por tan alta causa. Él, que dominaba las alturas y que vivía en las cimas de la gloria, de la estimación y de la nombradía universal, él, que moraba en esas cumbres tan levantadas, donde habitan el supremo poderío y el genio de la ciencia, él ha caído desde esas alturas, herido por el rayo, víctima de los odios de esas gentes, que al asesinar á la personificación de la autoridad humana, dicen todavía que han cumplido con su deber.

En él, Señores, no ha caido solamente un hombre: el estampido de aquel disparo ha repercutido en la conciencia universal y al horadar la bala anarquista el cráneo de Cánovas del Castillo, la patria entera, conmovida violentamente, ha sentido en lo más vivo del alma nacional la áspera y furiosa mordedura del áspid que llevaba y aún lleva enroscado en su corazón. La mano de aquel perverso, al perpetrar el horrendo crimen, prescindió del hombre y asestó el golpe de muerte al representante de la justicia y de la autoridad, si la autoridad y la justicia no cayeron allí, porque no pueden caer nunca, mientras Dios permanezca en pie, ante el intento que rigió aquella mano y ante el propósito que publican con escándalo esos enemigos de la humanidad, fuerza es repetir las avisadoras frases de la Escritura: «Entended los que gobernáis y parád mientes los que regís á los pueblos».

Y hablando á vosotros, que conocéis, harto mejor que yo, las altas cualidades y singulares méritos del que, poco ha, era jefe de la nación y honor y gloria de sus súbditos, permitidme, Señores, que deje á vuestro pensamiento el representar con vigorosos trazos é imborrable colorido la excelsa y grandiosa figura de D. Antonio Cánovas, cuyo valor positivo y excepcionales dotes sólo pueden regatearle la animosidad ó la ignorancia.

La patria ¿quién lo duda? ha perdido al más ilustre de sus hijos; en él tenía puestos sus ojos y su corazón y ya sabéis que donde está el corazón allí está la esperanza; el genio de la ciencia deplorará la muerte de uno de sus más grandes intérpretes y especuladores, pues en Cánovas se aunaban y completaban tan raras y complejas facultades de ingenio, que es verdadero prodigio encontrarlas en un hombre solo. Es portentoso, sí, en la época actual, ser á un tiempo estadista, cuyo nombre se pronuncie por amigos y enemigos, por propios y extraños, con asombro y veneración é historiador de madurez de criterio, de poderosa intuición y de firmeza de voluntad, logrando resucitar, con admirable tino, hombres y cosas de antiguas y oscuras épocas; poseer ese ordenador espíritu filosófico, por cuya virtud cada hecho trivial ó cada accidente insignificante, al parecer, sugería á su inteligencia teorías amplias y sistemas, no clasificados en los libros de los tratadistas ni en las cátedras de las escuelas del derecho; ser escritor y publicista de los más diversos géneros literarios, librando reñidas campañas pe-

riodísticas ora sobre las más abstrusas cuestiones de jurisprudencia pública ó privada, ora acerca de escabrosas materias de erudición, ya defendiendo, á raíz de la restauración, con indecible tesón y arrollador empuje, los prestigios de la corona y las ventajas de la estabilidad del trono, ya inquiriendo con verdadera sagacidad crítica y con rico caudal de conocimientos, el origen y vicisitudes del genuino teatro español, hoy diseñando con valentía en cuadros novelescos las escenas sombrías del feudalismo, pintando con enérgica realidad los odios, tan feroces y disimulados á veces, entre los hijos del trono y los señores de horca y cuchilla, y dilucidando, mañana, en Academias y Ateneos las más vagas disquisiciones de casi todos los ramas del saber humano; ya, en fin, derramando en estrofas líricas, si no inmortales, inspiradas por la sensatez y el amor á todo lo grande, la savia del sentimiento que nutría su corazón, ya redactando notas y documentos diplomáticos en que se ventilaban los sagrados intereses de la patria ó se intervenía en convenios internacionales...

Todo acabó, Señores; el Gobierno de la nación quedó de repente sin el insigne estadista, quizá el segundo de Europa en celebridad, y entre nosotros el primero, no sólo en el orden de jerarquía sino en el de valor positivo. La entereza de aquel carácter varonil y espontáneamente dominador, que afrontaba con serenidad heróica las árduas situaciones políticas, enarbolando y sosteniendo con firme pulso la bandera del orden y del

respeto á la autoridad, en medio del oleaje y de las turbulencias de las pasiones, que rodeaban bramando el escabel del Poder; aquella inteligencia clarísima y universal, como antes he dicho, abierta siempre á toda luz de ideas y á todos los destellos de la ciencia humana y en la cual, por caso raro y prodigioso en nuestros tiempos, habían encarnado los principios científicos de cuanto especula el genio moderno; aquellos arranques generosos de amor patrio y de noble sentimiento nacional, que brotaban de labios del insigne gobernante, ante las depresivas exigencias de los que desconocen el calor de nuestra sangre y el recio temple de nuestra raza; aquella solemne y luminosa elocuencia, que por natural impulso se remontaba siempre adonde fulguran las grandes ideas y tienen su entronque los principios más fundamentales; aquella elocuencia, sóbria de galas y de pedantesca retórica, pero henchida de doctrina, austera, nerviosa y arrolladora, cuando en las más rudas tempestades del Parlamento, estallaba con voz grande y cavernosa, semejante á rugido de león, más potente y formidable cuanto más firme era el empuje y era mayor el número de los adversarios, más centellante y atronadora á medida que eran también más espesas y bravas las nubes de tempestad, que se arremolinaban bramando en derredor de su frente... todo acabó: plugo al Señor, en sus inescrutables designios, elegir como víctima expiatoria, quizá de todas la miserias de España, á quien era, indudablemente, el honor y orgullo más altos y legítimos de todos los españoles.

El tiempo, Señores, nos hará ver, á las claras, lo que era y lo que valía aquel hombre; estamos demasiado cerca de él para contemplar sin nubes de pasión y fallar, á sangre fría, acerca de su vida y de sus obras; pero bién echaremos de menos las fulguraciones de aquella inteligencia, una de las más vastas y profundas, de medio siglo acá, la índole generosa de aquel carácter enteramente varonil, al escritor de nerviosa frase y de admirable madurez de criterio, al orador más sabio y brioso que ha cruzado por la tribuna española, al que más que nadie fomentó, con la palabra y el ejemplo, los progresos y la gloria de nuestras Academias y, en una palabra, aquella grande y majestuosa figura, que llena toda nuestra historia contemporánea, bastando ella sola para gloria de una nación y á la cual admirarán las generaciones venideras, como al más alto ejemplo de nuestra raza.

Hombre fué, y dicho queda con esto que pudo padecer, y que de hecho, padeció los achaques y miserias de la condición humana; pero si alguien puede negarle el título de amigo, si es dado, y hasta conforme á razón, ser adversario suyo en la apreciación de ciertos hechos ó en la aplicación de determinados principios, quien tenga ojos para ver y ánimo digno de sentir lo grande tendrá que ser, por fuerza, fiel admirador suyo. Alma de vigorosos alientos, nacida para los trances más arriesgados y difíciles, él conquistó, palmo á palmo y remando, casi siempre, contra corriente, los puestos más encumbrados de la gerarquía social,

de la república de los letras, del Parlamento y del campo revuelto de la política. Desde el humilde sitial de oscura oficina él avanzó, luchando á brazo partido, y con tal fe, con ardor y constancia tan heróica, que pudo llegar á ser, lo que todos sabéis, el alma de las más ilustres Corporaciones españolas.

¡Gloriosa vida, en verdad! ¿Cabía soñar mayores honores, mayor admiración y predominio más universal sobre el amor de sus contemporáneos? Oh, Hermanos míos; Dios nos ha enseñado recientemente qne solo Èl premia con largueza la abnegación y los sacrificios de los que luchan al lado de los principios del orden y del bienestar social. Toda aquella vida de gloria ha sido eclipsada, como véis, por un final trágico y grandioso, por una muerte, más admirable todavia que su vida. Morir á manos de los enemigos de la humanidad, sucumbir en defensa de la autoridad, de la justicia y del deber; caer, sin orgullo y sin flaquequezas, por condenar lo que Dios condena y por defender lo que Dios quiere que se defienda, es morir por la sociedad, es sucumbir, combatiendo por la justicia y por el deber, es caer, como cae el soldado, que lucha por la patria, es, en fin, morir por la causa más santa, por la causa de Dios.... él fué digno de morir así.

Acoge, Dios mío, aquella sangre generosa, como ofrenda propiciatoria y como sacrificio de expiación por las miserias y flaquezas que en el camino de la vida pudieron manchar la hermosura de aquella alma; sea ella el bautismo que lave

y purifique también las culpas de cuantos amamos la causa de tu justicia y la gloria indeficiente de tu nombre; y pues nos privas del caudillo, que regía los destinos de nuestra patria, no retires, Señor, el auxilio de tu brazo y afrontarémos, con entera confianza, las furias y el ímpetu arrollador de esas nuevas hordas, que, aunque engendradas por la barbarie, no descienden de las selvas boreales, sino que nacen y se nutren en las mismas entrañas de sociedades alumbradas por tu fe, regeneradas por la gracia de tus sacramentos, escogidas por tu amor y acariciadas por tu misericordia.

III

Que es horrible, Señores, pensar que, en medio de pueblos cultos y en plena civilización moderna, resuenen con tanta frecuencia los pavorosos aullidos de esa hiena anarquista, que avanza, sin trabas y á todo andar, jurando la muerte á lo más santo y venerando, volcando las columnas del orden social, no con trabajos de zapa sino á cielo abierto y á la luz del sol, que alumbra las calles y plazas públicas; no carcomiendo lentamente las bases del derecho y los principios de moralidad, sino vibrando el rayo de sus odios sobre todo lo que descuella, á la manera que la tormenta, cuando llega al colmo de su bravura y de su furor, lanza sus rayos sobre las cumbres más altas.

Hora es, sí, de temblar y de orar, ya que esas turbas desatentadas, que nos acometen, no desde el otro lado de la frontera, sino en medio de la paz del hogar, en el recogimiento de los templos y hasta al mismo pie de los altares, tienen, como véis, además de los instintos inherentes al salvaje, el furor de los hijos del infierno y la ciencia terrible de matar: única cosa que se les ha pegado de nuestra cultura En trances tan angustiosos y sin ejemplo en la historia, no lo fiéis todo á los remedios humanos; brazo á brazo y en guerra franca y leal cabría abrigar la esperanza de su total exterminio; pero cuando la maldad se alía con la perfidia, tiene el sigiloso acechar del tigre, acomete brusca y traidoramente como la pantera y jamás logra ver satisfechas sus ansias de sangre y su sed de horrores. Si consentís que los pueblos olviden á Dios y profanen su santa ley, no os espanten los espectáculos de escándalo y desolación, que, como el presente, asombrarán vuestros ojos é infundirán el estupor en vuestra alma; la misma lógica natural llevará bien pronto á esos pueblos con el rigor ineludible de sus consecuencias, al desprecio de toda autoridad y de toda ley y al aborrecimiento de los hombres. ¿A quién representa la autoridad, decidme, cuando no representa á Dios? Qué títulos puede alegar para imponernos su respeto y su veneración y para que sólo con su presencia se doble por instinto nuestra frente y se humille y subyugue nuestro corazón? ¿Qué diferencia queda entre el que manda y el que obedece si anubláis con sombras de duda, ú oscurecéis por completo por medio

del error, la fulgurante imagen divina que campea en la frente del que ejerce la autoridad en la tierra?

¡Ah! Hermanos míos, de borrar la idea de Dios de los ojos y del alma de las muchedumbres, sobrevienen y sobrevendrán catástrofes como la que deploramos, por virtud de estas sencillas reflexiones, que brotan espontáneamente y son tan fáciles de comprender y, lo que es más triste, de convertir en espantosa realidad. Porque cuando descienden allí donde la miseria estimula y enciende los instintos de rebelión y los apetitos de la concupiscencia, esas espontáneas reflexiones se traducen, espontáneamente también, en atroces blasfemias y esas blasfemias, al bajar de los labios al corazón, se trasforman en intento criminal y á la libertad de blasfemar que otorgan los de arriba á los abajo, á fin de aplacar ó de atraer sus voluntades, responden los de abajo á los de arriba, con tremenda pero lógica compensación, con escenas como las de Jerez, con el estallido de las bombas del Liceo de Barcelona y de la calle de los Cambios, con el puñal que se hunde en el corazón del Presidente de la República de Francia y con la bala de revólver que horada y deshace el cráneo de Cánovas del Castillo.

En tiempos, Señores, en que á la propagación de las ideas impías han sucedido, como fruto natural, los horribles atentados anarquistas ¿qué he de deciros yo, pobre de mí, tocante á cálculos y remedios, que atajen tan violento estado de cosas, convencido, como estoy, de que en un corazón donde falta Dios no queda más que barbarie, de

que en una alma donde se ha borrado la huella de las aguas del bautismo y han muerto las luces de la fe y los destellos de la gracia, sólo puede caber la grosería de instintos exterminadores que caracterizan á esa muchedumbre, por lo común, sin Dios y sin pan, sin felicidad en la tierra y sin esperanza de ella en el cielo? Preciso es confesarlo: se ha creido, y aún se cree desgraciadamente por muchos, que sin tener muy en alto la bandera de la cruz, sin afianzar, fuertemente, en los principios de la Religión los cimientos de la sociedad y, en fin, que, sin las luces de la fe y apartados por completo de Dios, podían los hombres mantener en toda su firmeza el orden social; ahí están, Señores, los funestos resultados de tan absurdas creencias; ahora empiezan á recogerse los frutos de teorías tan absurdas: un paso más y el hijo de la culta Europa gozará de menos tranquilidad y vivirá expuesto á mayores riesgos, habitando en nuestras grandes Capitales, que en medio de los desiertos y de las cavernas donde habitan los hijos de las selvas.

Mi última palabra, por tanto, será súplica de amor: unamos, Hermanos míos, nuestras inteligencias y nuestros corazones en torno de esa cruz, que es la única barrera infranqueable donde chocan y se estrellan las pasiones de los hombres y los odios del infierno. Se necesita un amor divino, que convierta en amor de caridad las iras desencadenadas, que cruzan bramando por la sobrehaz de la tierra; ese amor tan fecundo y generoso, no lo da nadie más que la Religión cristiana; ella es la única base inconmovible sobre la cual puede permanecer en

pie el principio de autoridad; ella nos enseña á mirar á lo alto y á exclamar con los labios y con el corazón: «Padre nuestro que estás en los cielos» á fin de que, al volver los ojos abajo, todos los hombres se reconozcan y amen como hermanos. No cesemos, Señores, de invocar á Dios, á diario, con el nombre amorosísimo de Padre para que, al mirar á los demás, veamos que todos somos sus hijos y nos reconozcamos por hermanos, de palabra y de corazón. Y al terminar este pobre y casi improvisado discurso, yo os ruego, por el amor de Jesucristo, que todos, á una, al consagrar una oración por el alma de D. Antonio Cávovas del Castillo, protestémos con energía cristiana contra el inícuo asesinato que le arrebató al sepulcro y pongamos, finalmente, nuestra fe y nuestra confianza en el Padre de las misericordias, que habrá aceptado la ofrenda de la sangre y de la vida de aquel insigne patricio, como precio de rescate y como holocausto por las miserias del muerto y por las miserias también de los vivos.

Mucho necesitamos del auxilio y del amor divinos en los actuales tiempos. Tú lo sabes, Dios mío: por todas partes nos cercan la tribulación y el infortunio; Tú ves el trance que nos aqueja y cómo nuestras hijos y nuestros hermanos luchan y sucumben por el honor de la bandera nacional regando con su sangre los campos ardientes de Cuba y las bravas selvas filipinas; mira y vé en el esfuerzo de su brazo y en la fe de su corazón que por tu misericordia no ha desaparecido la raza heróica de los soldados de España; que hay todavía en esta

tierra, objeto de tus predilecciones, quien sabe morir al pie del augusto pabellón de la patria, salpicado con su sangre: expirando con los ojos fijos en el cielo, la espada en la mano y en los labios tu nombre sacratísimo y el nombre de España. Apiádate, Señor, de nuestra desgracia y muévante á misericordia el llanto de tantas madres y la sangre de tantos hijos; y si es tu voluntad que vivamos entre las angustias del quebranto y que nos pruebe la tribulación y hasta que seamos trofeo de la muerte, concédenos, Señor, la gracia del padecer con fruto y dános la gloria de saber morir por tu causa. Amén.

